

Crímenes callejeros no es solo una fantástica antología del género con sesenta y seis relatos policíacos de gran calidad, es también sesenta y seis gritos contra la injusticia, el abuso y la intolerancia.

Primero te ignoran, luego se ríen de ti, luego luchan contigo, luego ganas tú.
Mahatma Gandhi.

AUTORES

— JOSEP PIELLA VILA —
(Preludio)

— BETINA GONZÁLEZ, JORGE FERNÁNDEZ Y JOSÉ M^a GATTI —
(Colaboraciones especiales)

RUBÉN ALMARZA — OLVIDO ANDÚJAR — MILAGROS ARRANZ — CARLOS ARTIEDA — SANTIAGO BÁEZ MANCHÓN — KANDU BANNA — RUBÉN CALVO DÍAZ — GONZALO CAMPOS SUÁREZ — ROSANA CANTÓ PÉREZ — DANIEL CASAMAYOR PINDADO — MANUEL CASAL — AVELINA CHINCHILLA — ANDRÉS DIONIS TRÉNOR — ISABEL DIONIS TRÉNOR — IGNACIO J. DUFOUR GARCÍA — JOSÉ TORRES ESTRADA — PACHI FERNÁNDEZ — ÚNA FINGAL — QUELA FONT — GONZALO FRANCO BLANCO — CARMEN GARCÍA NAVARRO — JOSE ANTONIO GRACIA GARCÍA — JOSÉ LUIS GRACIA MOSTEO — RAFAEL GUERRERO — MIGUEL HERNÁNDEZ GARCÍA — ANTONIO J. HERNÁNDEZ — MIGUEL HERRANZ FARELO — MAESE JOSMAN — AMELIA ESTER LANDA GARCÍA — ÁNGEL LARA NAVARRO — ELÍAS LÓPEZ DE LA NIETA — ROSA M^a DE MENA — JOSEFA MOLINA — ROSA MONTOLÍO — ENRIQUE ELOY DE NICOLÁS — ANTONIO NIETO MÁRQUEZ-VENERO — NINO ORTEA — TERESA OTEO — MOISÉS S. PALMERO ARANDA — SERAFÍN PIÑEIRO PAREDES — CARMINA RAL — ISABEL DEL RÍO VILLAR — NINO RIPPI — ANA BELÉN RODRÍGUEZ PATIÑO — MARÍA DOLORES RUBIO DE MEDINA — JARA RUPÉREZ MARTÍNEZ — JOSEP SALVIA VIDAL — ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS — EDUARDO S. AZNAR — ROSA SÁNCHEZ — MÓNICA SÁNCHEZ FERNÁNDEZ — JUAN MANUEL SÁNCHEZ MORENO — JOSÉ FRANCISCO SASTRE GARCÍA — AGUSTÍN SAUTO — MARIBEL SEBASTIÁN JUÁREZ — ÓSCAR SERRANO NÚÑEZ — PAQUI SILVA G. DE LEÓN — VÍCTOR TEJADA HERNÁNDEZ — JOSÉ TORRES ESTRADA — NOEMÍ TRUJILLO — M^a JOSÉ VALENZUELA — DAVID VERDEJO — ANA VIGO — SONIA YÁÑEZ

ISBN 978-84-946009-4-4



VV.AA.

Crímenes callejeros

PLAYA DE ÁKABA

Crímenes callejeros

VV. AA.

Antóloga: Teresa Oteo

Prologuista: Lorenzo Silva



Serie Negra N^o 3
PLAYA DE ÁKABA

LA SOMBRA QUE ARROJAN LOS FOCOS

—Rosana Cantó Pérez—

La mirada complacida de Rebeca se posó sobre el rostro perfecto de David y con una amplia sonrisa afirmó con pasión, «¡la langosta estaba deliciosa, cariño!» y giró levemente la cabeza para contemplar las magníficas vistas del mirador en que se encontraban, ubicado sobre un acantilado junto al mar mediante una estructura imposible anclada a la roca. Una verdadera obra maestra arquitectónica que, junto a la gastronomía del lugar, lo hacían uno de los restaurantes más solicitados y exclusivos de la ciudad. David sonrió satisfecho por haber dado en el clavo en su elección y acercar un poco más a aquella mujer que hacía que todo el mundo se volviera a mirarla fuera por donde fuera. Una acompañante de lujo que le consolidaba así en la escena internacional como artista, cantante, actor, en definitiva, como el personaje público que había logrado ser con sus múltiples facetas. Ambos ya habían dejado atrás la juventud de los veinte años y eso les daba un aire más asentado, sin perder un ápice de ese halo brillante que les rodeaba. Rebeca era una cantante excepcional y en sus primeros años saltó a la fama no solo por su calidad artística y por su belleza, sino también por su originalidad y, por qué no decirlo, un tanto de extravagancia. Ahora estaba firmemente asentada en la cumbre y se rodeaba de los mejores músicos y técnicos, pero además estaba presente en todos los actos públicos y privados de interés.

Esto le venía muy bien a David, que veía peligrar su posición después de tantos años arriba.

—Adoro esta ciudad, es tan cálida, tan llena de vida, ¿no crees? Y ahora, con los Juegos Olímpicos, está tan repleta de oportunidades, con tantos sitios a donde ir... me fascina— y dejó salir un suspiro de su boca con una mirada ensoñadora que le quitaba algunos años de encima.

David no podía estar más de acuerdo, la ciudad era en aquellos momentos sin duda el centro del mundo, con todas las miradas posadas allí, y a Rebeca la habían invitado para el acto de clausura de las Olimpiadas. Su intensa vida social le había terminado de abrir las puertas para aquel acto y su voz suave, reconocible entre miles de voces, la capacitaba para poner el broche de oro a toda la vorágine que implicaba la organización de un evento así. Y ser el consorte de aquella estrella era el más placentero de los lujos.

—Eso sí, cariño, voy a necesitar algo de ayuda, ya sabes, estoy agotada de tantos actos sociales, tenemos que ir a ver a Joao esta misma tarde, sin falta. No puedo fallar esta noche en la gala.

A David se le torció imperceptiblemente el gesto. Él siempre había sido un deportista nato y seguía practicando varios deportes por pura vocación, algo que era imprescindible para aguantar el ritmo que les exigía el tipo de vida que llevaban. Sin embargo, Rebeca practicaba apenas algo de *running* por estricto cumplimiento de las órdenes de su *manager*, para frenar los signos de la edad que empezaban a surgir pese a su naturaleza estilizada y elegante. Por eso notaba que con el paso del tiempo su resistencia física había empezado a bajar y había encontrado en pequeñas cantidades de cocaína el motor necesario para aguantar lo que la edad le quitaba.

Conocían bien la ciudad, pues ella era una enamorada de la Bahía y siempre que podían se dejaban caer por allí, aunque fuera un fin de semana. Desde que se habían asentado en Miami el trayecto en avión era soportable. Por eso habían llegado a entablar contacto con proveedores de la zona que siempre le conseguían su pedido a tiempo. Solo debían acercarse al límite del barrio que se asentaba en el promontorio, justo al lado de la zona más rica de la ciudad. Luego pagarían a alguien su pedido y este les enviaría a Joao, quien les traería por unas pocas monedas su encargo. De esa forma no se adentraban en un territorio en el que un blanco nunca sobreviviría más de unos minutos sin sufrir algún tipo de ataque, atraco o algo peor. Además, así tampoco tendrían que ver la enorme miseria que se respiraba allí.

Aunque estaba cerca, Rebeca insistió en tomar un taxi. No le gustaba ir hasta allí caminando, por si alguien pudiera reconocerla por el camino. En pocos minutos alcanzaron la entrada al barrio. Rebeca se colocó unas enormes gafas de sol de última moda que costaban seguramente más de lo que ganaban en un año todos lo que la estaban observando en aquel momento.

—Esta es la parte que menos me gusta de venir a comprar aquí. La gente te mira con una profundidad que te traspasa el cuerpo. La verdad, no sé cómo pueden soportar vivir así, entre tanta suciedad, y con algunas calles incluso sin asfaltar. El otro día me dijo Gilbert que el año pasado les habían instalado el alcantarillado. ¿Te lo puedes creer? No tenían alcantarillado hasta hace nada. ¡Qué asco! No sé cómo no se van a otra parte. La gente se acostumbra a cosas increíbles. ¡Por fin, mira, ahí viene Joao!

Joao se sacaba unas monedas con estos recados y de paso se ganaba la confianza de los capos del barrio. Eso, de al-

guna forma, aseguraba su supervivencia y la de su familia, al menos en las trifulcas internas entre bandas de narcos. La rivalidad entre ellas solía acabar con la vida de los que intentaban pasar desapercibidos tratando de llevar una vida decente dentro del paisaje gris y turbulento de las calles donde les había tocado nacer. Cuando eran las UPPs, las Unidades de Policía Pacificadora, las que entraban en acción contra los grupos de narcos, la vida dejaba de tener valor en el barrio. Una bala perdida, o no, de un policía, no transcendía nunca más allá de las fronteras. Si te tenían que disparar, era mejor que lo hiciera un traficante, al menos así tu familia tenía una oportunidad para sacar adelante una demanda. Joao conocía bien la cruda realidad. Su padre fue abatido en un tiroteo entre la policía y los narcos mientras trabajaba en su taller mecánico cuando él era aún casi un bebé. La denuncia que su madre interpuso, con ayuda de una ONG, en los juzgados no prosperó «por falta de pruebas», y él quedó con sus cuatro hermanos a cargo de su madre en aquella jungla polvorienta. Era el menor de todos y, como tantos otros chicos del barrio, a sus diez años ya se había curtido en las leyes de la guerra de bandas rivales. A ratos ayudaba en el taller que ahora llevaban sus hermanos mayores, y a ratos hacía estos recados para la gente guapa que no osaba adentrarse en la maraña de callejuelas.

—Hola señorita Rebeca, ¡qué alegría verla de nuevo! —dijo mirando embelesado a aquella mujer que representaba el lado opuesto a toda su vida. Su rostro parecía irradiar luz con esa tez blanca y esa melena rubia. Lanzó una discreta mirada a David, haciendo un breve gesto de saludo con su cabeza.

—Hola Joao, ¡cada día estás más alto y más guapo! —respondió Rebeca, tratando de aparentar normalidad—. Gilbert te ha anotado en este papel lo que le hemos compra-

do, anda, guapo, ve y no tardes. Rebeca acarició suavemente el cabello del niño y le dio un ligero empujoncito para animarle a salir rápidamente a por su encargo.

Esperaron con impaciencia, ante la mirada de los lugareños, los largos minutos que tardó el niño en internarse en las entrañas del barrio y volver. Se apartaron un poco de la escena dando cortos paseos, sin alejarse demasiado. Empezaba a caer el sol y la inquietud por no recibir la sustancia se sumaba a la sensación de estar siendo engañados a ojos vista y a la impotencia de saber que en breves minutos debían volver a su mundo de cristal, para no retrasarse en la actuación que tenía contratada Rebeca.

—David, si no consigo la coca sé que no voy a ser capaz de salir al escenario. Estoy agotada. Estos últimos días han sido un no parar de ir a actos y a compromisos sociales. Me estoy jugando mi carrera. Si hago el ridículo allí no volverá a llamarme nadie —dijo con voz desesperada Rebeca, mientras unas finas gotas de sudor aparecían como perlas sobre su frente. Y se dirigió al punto de encuentro una vez más, buscando con la mirada al pequeño Joao.

David trataba de calmarla, pero sabía tan bien como ella que lo que estaba diciendo era cierto. Rebeca se había entregado sin freno a las noches de fiesta, cenas benéficas, grabaciones de programas televisivos y actos públicos durante los últimos días, siempre contando con sus dosis de droga para la supervivencia. No recibirla a tiempo significaba un varapalo que afectaría no solo físicamente a su chica, sino, sobre todo, psicológicamente, y precisamente su estado anímico era crucial para realizar una actuación a la altura de las expectativas. De repente David oyó exclamar algo a Rebeca, parecía que el chico ya se acercaba, pero algo más estaba ocurriendo:

—¡Vamos Joao, por Dios, corre, no te detengas! —la oyó gritar con rabia.

Lo que sucedió después pasó tan rápido que David apenas pudo moverse del sitio. Vio como Joao corría veloz colina abajo, perseguido por unos adolescentes armados, algunos no mucho mayores que él. Se oía un ruido confuso de gritos que bajaban tras él y se sumaban a los que salían del taller que se encontraba junto a ellos. Estos sonaban a terror, los primeros a amenaza, y Joao corría sin parar, con su pequeña carita infantil desencajada. Tras los jóvenes aparecieron unos hombres uniformados.

—¡Joao, escóndete, suéltalo, vete! —le imploraban sus hermanos mientras salían a la calle, con pánico en sus miradas. Pero Joao no dejaba de mover sus pies en dirección a los compradores.

—¡Vamos, Joao, sigue, ya casi estás! —exclamaba Rebeca con una voz desgarrada, sujetando con fuerza su bolso—, ¡no te pares!

Unos disparos detuvieron repentinamente el tiempo. David no sabía bien de dónde salían, pero instintivamente se abalanzó sobre Rebeca para ponerla a salvo detrás de un coche. Vio como Joao caía al suelo. Ya prácticamente les había alcanzado y al dar con su cuerpo en el asfalto, un pequeño paquete se desprendió de sus manos y fue a parar junto a Rebeca y David impulsado por la velocidad que llevaba el muchacho. Rebeca lo atrapó enfurecida y ambos emprendieron una carrera mano con mano hacia su hotel. Cuando David levantó la vista, aún pudo ver otro cuerpo inerte junto al de Joao, manchado de sangre y grasa, y al grupo de policías acorralando a los jóvenes. Era imposible saber en aquel instante quien había disparado, pero una sensación de impunidad se había quedado anclada a su retina en

una imagen que se grabó a cámara lenta para siempre en su mente.

Rebeca salió radiante al escenario, brillando como la estrella que era, bajo los potentes focos del estadio que iluminaban aquella isla dorada, repleta de gente deseando aplaudirla, mientras arrojaban las sombras al exterior, allí donde las personas mueren anónimamente sin que quede constancia de ello en ninguna parte.